

Territorios extraviados

Claudia Guillén

En este espacio he mencionado a un conjunto de autores que ya conforman una cartografía sinuosa y sólida de la generación que me precede: escritores nacidos en los setenta que sin duda están marcados por los acontecimientos vividos en su época juvenil y los primeros años de la vida adulta. Ellos han caminado con toda naturalidad por el cambio de milenio y todo lo que éste conlleva. Se trata de hombres y mujeres que miran sin asombro los avances, tanto tecnológicos como sociales y políticos, gestados en nuestro país a partir de hace no más de tres décadas. Incluso su modo de ver la sexualidad —con la aparición del SIDA— ya establece un punto de vista distinto al de sus mayores.

Son muchas las circunstancias que los unen, y sería largo enumerarlas, pero su contexto particular ha servido para que Jesús Ramírez Bermúdez, Daniela Tarazona, Luis Jorge Boone, Guadalupe Nettel, Antonio Ortuño, Socorro Venegas, Tryno Maldonado, Brenda Lozano, Hilario Peña, Rogelio Guedea, Nadia Villafuerte, Jorge Armodio, José Ramón Ruisánchez, Antonio Ramos, Alberto Chimal, Luis Felipe Lomelí y Julián Herbert —por mencionar algunos—, ya sea a través del cuento o de la novela, muestren no sólo un registro de calidad, sino una convergencia de miradas donde el vacío y la realidad establecen una simbiosis perfecta. Hay diferencias entre ellos, es cierto, pues algunos abordan estos aspectos frontalmente, mientras que otros utilizan un tratamiento que apenas los enuncia a manera de eje, como si no existieran, aunque en el subtexto se vuelvan constantes.

A tal escenario se integra ahora la voz de la chihuahuense Liliana Pedroza (1976), con su libro de relatos *Vida en otra parte*,

publicado por Ficticia y merecedor del Premio Chihuahua de Literatura. Narradora y ensayista, Pedroza es doctora por la Universidad Complutense de Madrid, con una especialización en La Sorbona y, a la par de su labor literaria, se desempeña como profesora e investigadora especializada en la obra de Elena Garro, de lo cual surgió su libro de ensayos *Andamos huyendo, Elena*. Entre los reconocimientos que ha obtenido se cuenta el Premio Nacional de Cuento Joven Julio Torri 2009, por su libro *Cartografía del abismo*.

Conforman *Vida en otra parte* diecisiete relatos de registros distintos, tanto por su lenguaje como por su tratamiento; la mayoría breves —aunque no por ello menos contundentes—, cifran su mirada en situaciones que nos remiten a un tiempo a sentimientos de extrañeza y empatía. Sus protagonistas habitan mundos desolados y, en consecuencia, siempre interesantes. El volumen abre con “Estados de neuralgia”, donde un hombre descubre en sueños una realidad que lo aleja del dolor físico. Aquí los elementos realistas se entrelazan con los oníricos, hasta que ambos se confunden en el espacio de la mente del protagonista, quien emprende la fuga en busca de una mujer platónica.

En el caso de “ Habitaciones”, también se trata de un hombre que concibe el transcurrir del tiempo, aparentemente sin percibir su paso, aunque de pronto el tiempo mismo parece caerle encima como si se tratara de una pesada pared. La fluidez del lenguaje le otorga a este texto un tono durísimo a la ya de por sí muy densa atmósfera donde pareciera que no pasa nada. En el siguiente, “París 7”, un escritor medita sobre un texto posible frente a una taza de café, mientras lo invaden los recuerdos de su



estancia en la capital francesa. Como en el primer texto del volumen, la mirada del personaje oscila entre el recuerdo y la realidad, en tanto a su alrededor se despliega una atmósfera de soledad, de vacío. El mismo tono define “Samalayuca”, un cuento breve donde la autora envuelve a su protagonista, a través de imágenes sutiles relacionadas con la soledad y cadencias poéticas muy bien logradas, en un espejismo o fantasía que le permite vislumbrar la abundancia de animales marinos —“doscientas once ballenas azules”— en un pueblo del desierto. En estos cuatro cuentos, además del espacio específico que ejerce una influencia determinante en la vida de los personajes como un elemento recurrente, se percibe un tono entre onírico y fantástico, cargado de densidad, que retrata una realidad desoladora y al mismo tiempo muy vívida: la realidad que llena los mundos de la evasión.

Liliana Pedroza posee una gran afición por la pintura; es claro que se trata de una de sus pasiones. Así lo demuestra “Orsay”, donde lleva a cabo un eficaz ejercicio narrativo que de nuevo nos remite al espacio como decisivo en la conducta —pero ahora

centrándose en el ámbito estético—: el protagonista es testigo y partícipe de las acciones que se derivan de algunos de los cuadros más emblemáticos del museo parisense que da título al texto. Por su parte, en “Secuencia” Pedroza prosigue su homenaje a la plástica con su habilidad para narrar imágenes, al tiempo que nos lleva de la mano por el moroso recorrido de unas gotas de vino estableciendo una analogía entre ellas y otra imagen, la de la sangre en la arena, en un periplo visual que vuelve a internarnos en esos espacios que son destinados a la pintura. En “Ventanas”, relato magníficamente escrito donde la autora recrea sus propios gustos estéticos, observamos el mundo que rodea al personaje como si se tratara de pequeñas postales que, aun en su estatismo, consiguen conmover al lector por las claras sensaciones que le generan; entre ellas la nostalgia, sí, pero manifestada a través de los pequeños detalles que construyen un cosmos muy complejo. En “Ensayo de hombre a contraluz”, por medio de una narración trazada para recrear imágenes, el lector se coloca ante una pintura llena de color, cuyos trastrocamientos consiguen que olvidemos nuestro acto de leer, para hacernos sentir que tan sólo contemplamos una pintura.

Otros relatos se enfocan tanto en el amor como en el desamor, aunque también en ellos el espacio parece dictar el destino de los personajes. En “Ladran a la luna” el mar funge como un vínculo de agua que une el continente americano con la Península Ibérica, hasta convertirse en una suerte de cómplice húmedo: dos amigas se relacionan por ser vecinas, y las ansiedades propias de cada cual parecieran fundirse en una sola: la protagonista está obsesionada con un hombre, mientras que la narradora se obsesiona a su vez con la historia de su amiga, quien consigue la evasión a través de una locura transitoria. Quien cuenta los hechos se siente atrapada en ese pequeño cosmos de vecindad hogareña apenas dividida por una pared; es decir, tanto su punto de vista como la manera en que enuncia nos develan en ella también ciertos pensamientos desequilibrados. Algo similar ocurre en “La solidaridad”, donde se traza un retrato de las com-

plejidades inherentes a la convivencia cuando uno habita un país ajeno: más allá del enfado que causa la presencia de “el otro”, hay una codependencia sustentada en la invasión que ejerce la compañera de cuarto supuestamente momentánea. En este texto denota un desenfado al narrar que provoca cierto enojo, pero que la autora logra encaminar para que el lector no se alíe con la víctima, sino con la victima. En el mismo tenor, “La cosa no es simple” aborda la descripción de las situaciones prácticas que padece quien cambia de territorio, se trate del país, de la casa, de la escuela, del trabajo; todos ellos espacios identificados con una numerología tan vasta y compleja que es preciso anotarla en un cuaderno que podría desaparecer para siempre. *Vida en otra parte* nos presenta un abanico colorido y sombrío que narra historias en verdad perturbadoras. Éste es el caso de “Trinidad”: el escenario ahora es Barcelona, adonde es llevada una mujer vieja que, más allá de no conocer el Mediterráneo, se plantea una pregunta con respecto al mar que no puede ser respondida ni por su nieto ni por la narradora, lo que nos coloca frente a uno de esos cuestionamientos que mascullamos en silencio y que por lo regular no tienen respuesta.

El libro cierra con relatos de aliento más largo que, quizá por ello, resultaron mis preferidos. Así, en “Congregación de las palomas”, sin abandonar el eje de sus narraciones —la huida, ya sea a través de una aparente locura o del estado onírico— la autora se sumerge en el recuerdo de la pérdida del ser amado, para conseguir recuperarlo sólo a través de los sueños, y luego del insomnio. Aquí las palomas son el símbolo del reencuentro. “Lorena con nostalgia” narra la experiencia de una mexicana que llega a Madrid con grandes pretensiones, y con toda naturalidad se interna en los mundos que le proporcionarán una vida mejor: participa en actos de brujería y, sin perder el sabor de lo mexicano ni su vínculo con su país, tiene claro cuál es su objetivo. Es una mujer, digamos, fuerte, que sabe lo que quiere, leal y solidaria, por lo que logra que sus vecinas compartan con ella sus gustos y extravagancias. En “Migraciones” —el relato más extenso y quizás el que sin-

tetiza las obsesiones temáticas del libro—, con una prosa puntual la narradora habla de su regreso a Chihuahua desde Madrid, y el viaje que emprende con su novio para ver a sus padres, reconocer los espacios de su infancia y visitar los pueblos cercanos. Sin embargo, al igual que el abuelo de su pareja, quien estuvo exiliado en Montevideo a causa de la Guerra Civil, ella ya no se reconoce en esa geografía: es una migrante que ocupa un espacio que no le pertenece, como casi todos los personajes del libro; su presente se halla ahora en la Península Ibérica, en Madrid. “Silvy” retoma asimismo la circunstancia de la extranjería, pero aquí se ve cómo quienes vienen de otra parte podrían ser considerados como simples artículos: en este relato, el punto de vista de las dos protagonistas se une cuando ambas deciden prescindir de alguien a quien ayudaron sin pensarlo, pero del que se deshacen sin ningún remordimiento. Por último, “Uno y el baño” nos presenta la relación de la protagonista con el baño, que se convierte en refugio de sus pensamientos, dotándolo de un valor estético importante: a través de los diversos “aseos” y su apariencia, ella sabe qué tipo de gente habita los departamentos que visita, por lo que este espacio deviene como una suerte de brújula emocional con la que se ayuda para tomar decisiones.

Vida en otra parte es un compendio de experiencias relacionadas con la extranjería, el desarraigo y los exilios, tanto exteriores como interiores. Un breve museo de papel donde palabras y colores, formas y cadencias, realizan una precisa simbiosis para narrar historias y dibujar retratos en los cuales podemos contemplarnos a nosotros mismos. Es también, un conjunto de relatos que nos habla de un rechazo de la realidad por medio de la locura, el espejismo y la evasión, aunque esa realidad sea ineludible. Temas todos ellos cuidados hasta el último detalle por Liliana Pedroza, con el fin de ponernos frente a esos territorios extraviados que sólo pueden habitar quienes han vivido en este mundo más infernos que paraísos. ■